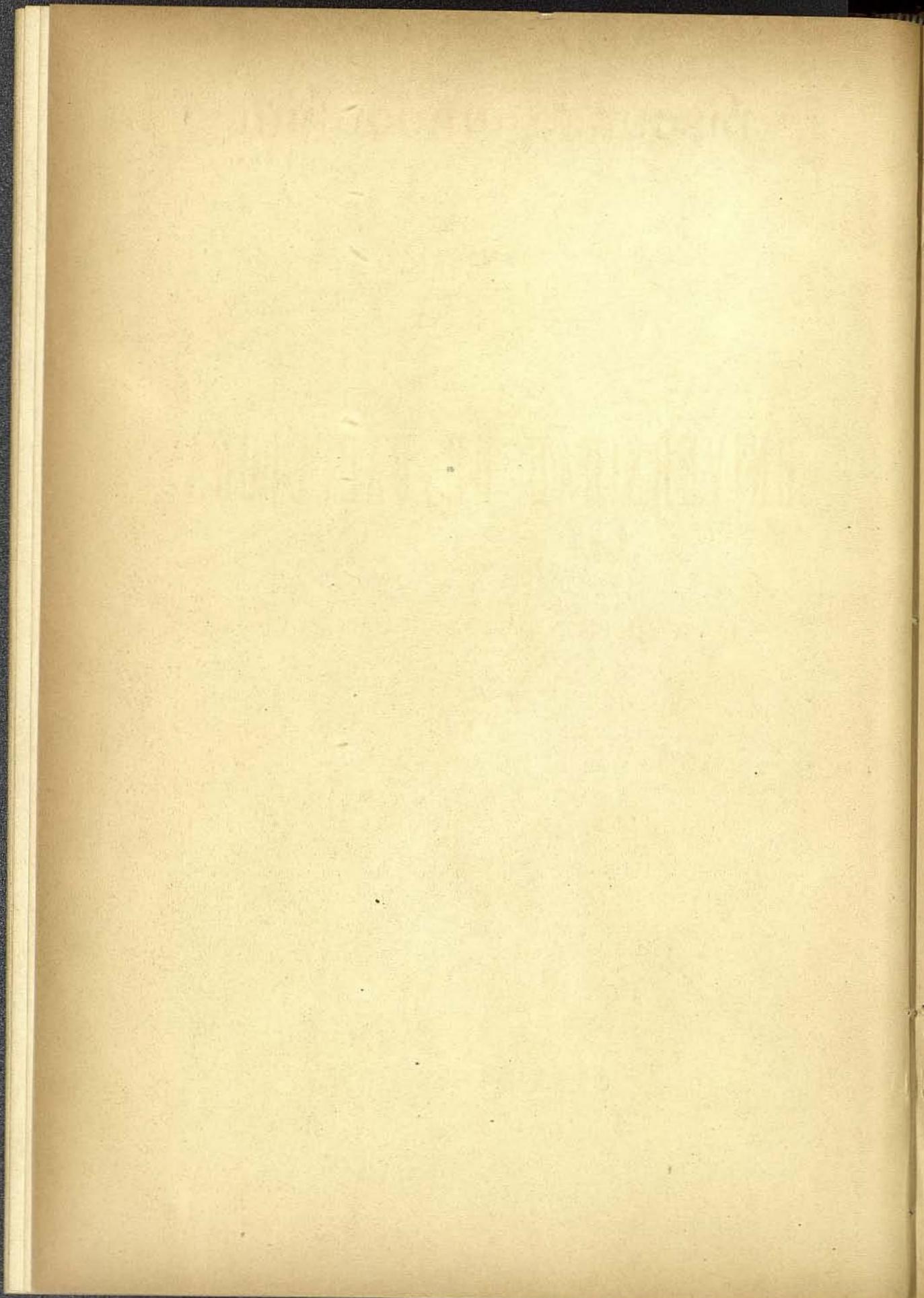


DISCURSO INAUGURAL



DISCURSO INAUGURAL

LEÍDO EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1902 A 1903

ANTE EL CLAUSTRO

DE LA

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

POR EL DOCTOR

D. JOSÉ M.^A PLANAS Y CASALS

DECANO DE LA FACULTAD DE DERECHO

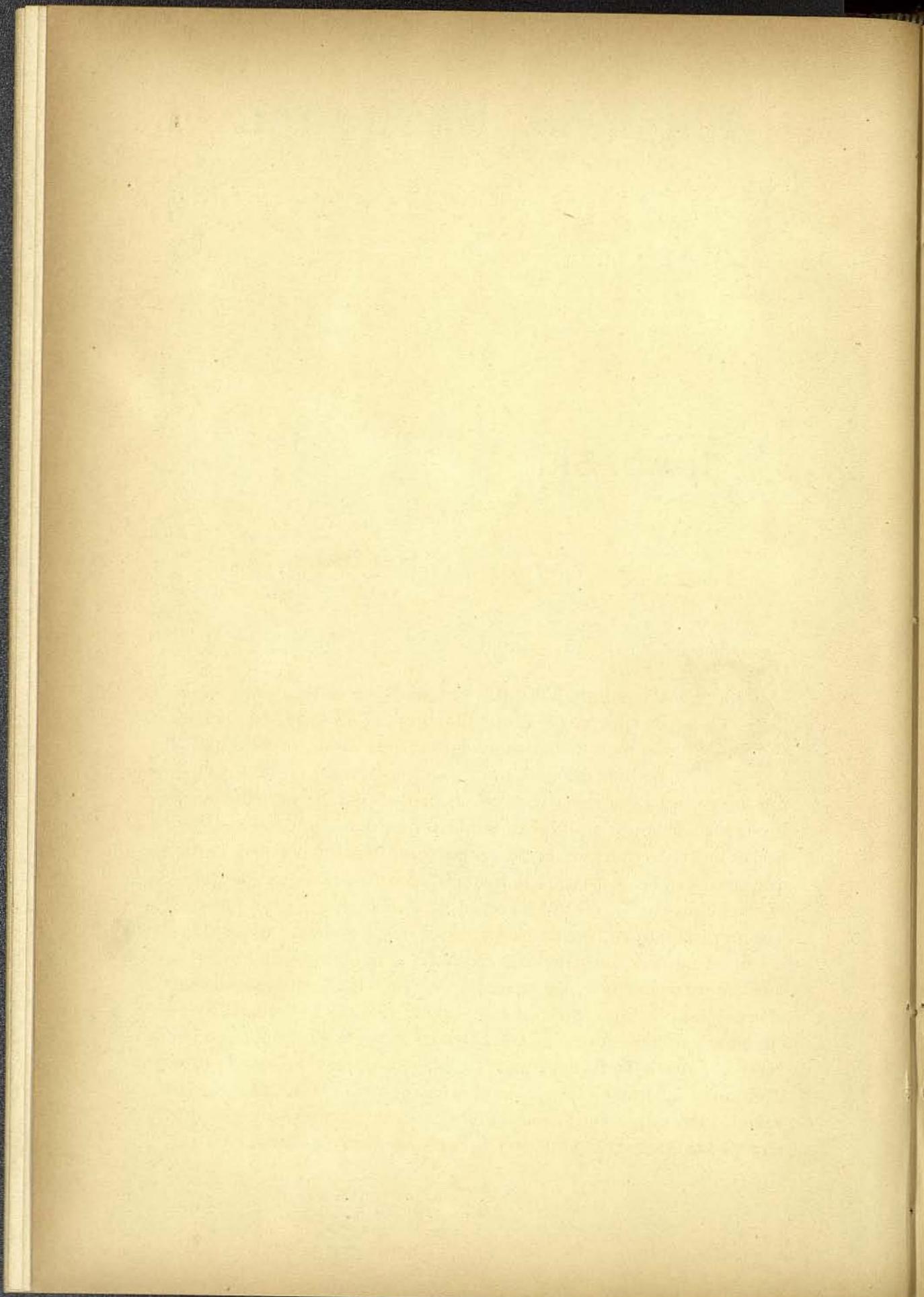


BARCELONA

HIJOS DE JAIME JEPÚS, IMPRESORES

Notariado, 9. — Teléfono 151

1902



ILMO. SR.

SEÑORES:



OSA es indudable que en esta larga cadena del tiempo en que viene desarrollándose la historia del género humano, suele cada siglo ofrecer algún hecho culminante, ora religioso, ora político, ora científico, que sirve para caracterizarle entre los demás que le precedieron y le siguen. Pero es indudable también que son en ocasiones los hechos ó acontecimientos de tal relieve y ofrecen importancia tanta, que ciertos siglos al pasar á la historia, dejan en pos de sí perdurable recuerdo por la influencia considerable, ya ventajosa, ya funesta, que han ejercido en la marcha y futuros destinos de la humanidad.

Y en tal concepto fuerza es reconocer que algunos de los siglos que inmediatamente han precedido al que ahora empieza, deben ocupar en la historia preeminente lugar. El siglo XV con el Renacimiento que transformó la faz artística y científica de Europa; el siglo XVI con la Reforma que al romper la unidad religiosa, produjo una deplorable excisión en el seno de la cristiandad, proclamando doctrinas cuyos funestos efectos sigue tocando hoy la sociedad presente; el siglo XVIII con la Enciclopedia y la Revolución que

prepararon el cambio radical en el orden político de las naciones y sobre todos ellos el siglo XIX, que al hundirse en los abismos del pasado deja perdurable huella, no ya por haberse resuelto, como algunos dicen, la cuestión política, punto sobre el cual muy discordes suelen andar las opiniones, sino porque con sus grandes descubrimientos y maravillosos adelantos en todos los ramos de la producción, ha venido á transformar por completo las condiciones de ésta y el modo de ser de los individuos, creando una cuestión que en importancia quizás sobrepuja á cuantas en los pasados tiempos se plantearon, y que suele más ó menos propiamente designarse con el nombre de cuestión social.

Funesta herencia como dice Ballerini (1) que ha legado el siglo XIX al que ahora empieza, es la cuestión social hoy día, por su magnitud é importancia y el *socialismo*, escuela que viene á encarnarla y por extraviados caminos aspira á resolverla, la gran preocupación de la época presente. Lo es para la Iglesia que inspirada en el puro amor al pobre y al desvalido, y por encima de las mezquindades de política y de escuela, busca el alivio de los que sufren, mirando al tiempo mismo que á su bienestar corporal, á la salud eterna de su alma; lo es para los Gobiernos que sin dejar quizás de tener en cuenta la idea elevada de remediar males é injusticias sociales que se exteriorizan en el seno de sus países respectivos, tanto ó más que en ella, se inspiran á véces en sus resoluciones, en el deseo de defender intereses de orden puramente humano y secundario, tratando de poner un dique á la ola socialista que en determinadas naciones avanza y crece como impetuoso torrente; lo es en fin, para todos los hombres pensadores y de buena voluntad, á quienes no seca el corazón el refinado egoísmo, tan propio por desgracia, de los materialistas tiempos que alcanzamos.

Cuestión que afecta al orden fundamental ético-jurídico de la sociedad presente; que de cerca toca á la religión, á la propiedad, á la familia, á la contratación, no extrañaréis sin duda los que tenéis la bondad de prestarme vuestra atención benévola en este acto solemne, en que una prescripción reglamentaria me obliga á dirigir mi voz á tan ilustrado auditorio, imponiéndome una tarea cierta-

(1) Para evitar la molesta aglomeración de citas indicaremos al final las obras con preferencia consultadas para la redacción de este discurso.

mente muy honrosa pero harto superior á mis fuerzas, venga también por mi parte en la presente oración inaugural á disertar brevemente sobre el socialismo, no con ánimo de abarcar en toda su extensión el problema, ni mucho menos de discutir las cuestiones y soluciones prácticas del mismo, sino con el especial objeto de estudiar la *evolución del socialismo contemporáneo*, ó sea, señalar el cambio que aquel ha venido sufriendo y como consecuencia, la crisis en que en la actualidad evidentemente se encuentra, para ver si en él, en la llamada legislación social, ó, en las doctrinas sobre el particular predicadas por la Iglesia, puede encontrar la presente sociedad enferma y desequilibrada, el posible alivio de los males que la afligen.

*
* *

Precisa ante todo hacer constar que no es la cuestión social cosa idéntica al socialismo, ni se reduce tampoco aquella, como por muchos ha venido á suponerse, á las relaciones entre el capital y el trabajo. Quien tal hace, empequeñece mucho el gran problema, ya que tal cuestión alcanza á todos los órdenes de la vida y no es como veremos, meramente económica, sino ante todo religiosa y moral, como reconocen caracterizados socialistas, siendo sin duda el desorden moral la causa originaria de los otros desórdenes y perturbaciones que se exteriorizan y especifican en forma de llagas que con remedios empíricos se trata de sanar.

Es ciertamente la cuestión social tan antigua como el mundo, porque desde que éste existe, existen entre los hombres las desigualdades que la engendran, y que solo con el mundo podrán desaparecer. Dolores y miserias se han visto y se verán siempre en el seno del linaje humano, y no en verdad como patrimonio exclusivo de los pobres, más felices á veces, en medio de su pobreza, que estos odiados semejantes suyos á quienes no les libra su mayor fortuna de cruentos dolores físicos y morales, como demostración evidente de la inmensa pequeñez de la humanidad. Pero es indudable que en nuestros tiempos las causas de molestar han aumentado profundamente en las llamadas clases obreras ó proletarias, en las cuales se encarna el problema que el socialismo viene planteando desde la mitad del pasado siglo.

El desenvolvimiento de la industria á partir de la introducción de la máquina, se ha operado con una rapidez vertiginosa. La máquina, dice Winterer, llamaba á la multitud y ésta se aglomeró por todas partes alrededor suyo, abandonando sus antiguos hábitos sociales. Hombres, mujeres, niños, todos se presentaban pidiendo el mayor trabajo posible, y no había reglamentación de ninguna clase, porque ni la legislación, ni la organización municipal, ni la opinión pública, estaban preparadas para una situación semejante. Producir, producir sin cesar y con el menor gasto posible para luchar contra una concurrencia ilimitada, tal fué la ley inexorable del capital y de la máquina, entregados á sí mismos; y como la máquina no se fatigaba, llegó á olvidarse que el trabajador tenía necesidad de reposo y se impuso al obrero, al adolescente, á la mujer, al niño, un trabajo excesivo de día y de noche que agotaba sus fuerzas y quebrantaba hasta la organización de la familia, cuya ordenada vida, compatible con la pequeña industria privada en su seno antes ejercida, se hacía imposible una vez ahogada ésta en el océano de la llamada producción capitalista. Disueltas las antiguas Corporaciones de artes y oficios que brotaron en el seno de la sociedad cristiana—y que los que hoy preconizan el llamado materialismo histórico, consideran hijas solo del interés de los asociados—se encontraron éstos solos é indefensos frente á todos los azares de la industria y del trabajo; la ilimitada libertad económica que se juzgaba había de acabar con todos los abusos, sanar todas las llagas, y cambiar la faz de la tierra, se tradujo de hecho en la más desenfrenada licencia en provecho de unos pocos y en servidumbre para todos los demás; la decantada libertad del contrato de trabajo vino á ser una ridícula y amarga ilusión y en poco tiempo, como dice Ballerini, se formó y creció de una parte el reino del capitalismo y de la otra el inmenso ejército del proletariado.

Por semejante evolución de la industria, no solo perdió su modesta personalidad el que antes la ejercía en el seno del hogar, viéndose obligado á alquilar sus brazos como un simple asalariado, sino que todos éstos, ante la extrema concurrencia que el nuevo estado de cosas producía, y las imperiosas necesidades de la vida, hubieron de aceptar toda la extensión que al trabajo quisieron dar los que lo compraban, y toda la menor cantidad que por precio de él quisieron ofrecerle.

Cosa parecida á ésta comenzó á ocurrir y se fué desarrollando

en la producción agrícola. La enorme producción desde algunos años, de países antes improductivos, abaratando los productos hasta el punto de hacer ilusoria la propiedad; la usura desenfrenada acabando con las rentas y el capital en pocos años; la sustitución de la producción industrial á la agrícola en determinados ramos; el empleo del vapor y de la electricidad de todo punto inasequibles á los que carecen de importantes recursos; las gabelas é impuestos siempre crecientes en la generalidad de los países; todo ello ha acabado con millares de pequeños propietarios que como los industriales de otros tiempos han debido también sacrificar su personalidad entrando en la categoría de jornaleros y han agravado considerablemente la precaria condición de éstos, hasta el punto de no obtener en muchísimos casos como recompensa de sus rudas labores, ni siquiera lo más estrictamente necesario para arrastrar una triste y miserable existencia.

Y si de estas grandes industrias pasamos á todos los demás artes y oficios en los distintos ramos que engendran las necesidades de la vida moderna, el espectáculo no resulta ciertamente más halagüeño. En todas partes la competencia y la lucha por la vida multiplican los talleres y oficios que no dan á veces á los propios dueños lo necesario para vivir decorosamente, y en que tampoco hombres y mujeres encuentran trabajo constante y remunerador, mientras por otro lado obedeciendo á leyes económicas inevitables, los medios de subsistencia van encareciendo en todas sus diversas órdenes, agrandándose así de una manera pavorosa los términos del conflicto.

Ante situación tan lamentable, propia en general de todos los países, siquiera sus efectos sean más ó menos diversamente sentidos en algunos de ellos, por la especialidad de sus condiciones, vino el socialismo contemporáneo á erigirse en campeón y nuevo redentor de una parte de esta humanidad doliente, pretendiendo que solo él podía acabar con estas tremendas desigualdades sociales, y hacer que prevaleciera aquí abajo el reinado de la justicia, dando á cada uno lo que tiene derecho á obtener, y cesando la explotación del hombre por el hombre, rasgo característico de la Sociedad presente. Hermosa tarea sin duda que la Religión cristiana desde hace muchos siglos se propone realizar, en la esfera, siempre por desgracia limitada, que permite la imperfecta naturaleza humana, y que el socialismo viene á encarnar en una de las más grandes utopías que

al través de los tiempos nos presenta la historia, utopia cuya realización, como luego brevemente indicaremos, sin aliviar en nada los males presentes, acarrearía otros nuevos y más terribles á la humanidad.

¿Qué es el socialismo? Tantos sentidos se han dado á esta palabra desde que en tiempos relativamente recientes comenzó á usarse, que precisa ante todo procurar fijar de un modo claro su verdadero concepto, para no atribuir, como se viene haciendo indebidamente, este nombre, á doctrinas, tendencias y direcciones que en el decurso de este trabajo iremos examinando, y que si tienen con el verdadero socialismo algún punto de contacto, en el sentido de procurar el mejoramiento de determinadas clases, discrepan esencialmente de él en sus fundamentos, en sus medios y en sus fines.

No se trata aquí del concepto teórico de socialismo como opuesto al de individualismo, es decir, de la discusión por lo antigua ya hoy casi olvidada, pero siempre sin embargo, reproducida, de los mayores ó menores grados de intervención que haya de asignarse al Estado en las relaciones jurídicas que en su seno se desarrollan. Sabido es que no se concibe la sociedad sin el individuo, ni éste sin la sociedad; que el aspecto del interés público ó social no deja de existir nunca en cierto modo en las relaciones individuales, ni el aspecto individual deja á su vez de presentarse nunca en aquellas relaciones que en la más alta esfera mantiene el Estado. Esto que hace tan difícil la distinción entre el derecho público y privado, en torno de la cual largamente disertan los juristas; esto que ha motivado críticas, ciertamente en ocasiones muy injustas, así al derecho romano como á los modernos Códigos civiles, en él en mayor ó menor grado inspirados; esto que ha dado nacimiento á los importantes trabajos de Vadalá-Papale, Cimbali, Cavagnari, Salvioli y últimamente Longo en Italia, de Menger en Austria y de Erlich, Fuld y otros en Alemania, cuyas tendencias aceptan en más ó menos parte, en España, Comas en su obra «La Revisión del Código civil»; Valverde, Fernández Villaverde y otros que han tratado de tal materia, y esto en fin, que ya antes de que apareciera la escuela que ha de ser objeto de este trabajo, había engendrado una serie de disposiciones que luego han ido formando la importante legislación social de nuestros días; todo esto no es el socialismo que aparecía al concluir la primera mitad del pasado siglo, y que hoy sigue siendo, después de tantos años y en mayor grado que cuando apareció, objeto de se-

rios estudios que parece se avivan cada vez, en lugar de irse olvidando y extinguiendo con la acción destructora del tiempo.

Dos años hace que el periódico *Il Popolo italiano* de Turín, obedeciendo á la corriente dominante, y adoptando un sistema muy generalizado en Italia, que en 1894, también sobre el mismo asunto, pero con un carácter de mayor generalidad, había empleado la *Vita moderna* de Milán, solicitó el concurso de numerosos hombres de ciencia, para determinar por medio de una definición concreta, la esencia del socialismo. Llovieron definiciones, inspiradas unas en un criterio científico de mayor ó menor altura, basadas otras solo en el puro criterio económico, totales unas, que trataban de abarcar en toda su extensión el problema, parciales otras y mirando á un lado solo de la cuestión, es decir, á determinados caracteres completamente accidentales, siendo en general el criterio económico el que dominó para determinar el verdadero concepto del socialismo.

Como tipo de definición en tal criterio inspirada, suele decirse que es el socialismo aquel sistema económico que quiere la propiedad colectiva de los instrumentos de trabajo y producción, y su distribución entre los asociados organizada por el poder público.

Otros, juzgando con exactitud completa, que no es el socialismo una doctrina puramente económica, sino que ante todo y sobre todo es una cuestión moral, vienen á definirlo diciendo como Toniolo, que es el sistema ó doctrina que tiende á reformar la sociedad en sus instituciones y relaciones fundamentales, para introducir entre los hombres, aparte de su igualdad fundamental ético-jurídica, una igualdad material ó de hecho contraria á la naturaleza esencial del hombre y de la civilización; es decir, que el socialismo moderno tiende á la transformación radical de la sociedad suponiendo que nada hay intangible en ella, aspira en una palabra á alterar sustancialmente la obra de Dios ó como diría un incrédulo, de la naturaleza. Luego veremos en que forma y porqué medios, se propone llegar á semejante solución.

Esta tendencia de constituir una nueva sociedad bajo la base generalmente del comunismo, es casi tan antigua como la humanidad misma, y exenta de los bastardos móviles en que hoy se informa, no puede merecer con razón duros reproches, ya que palpitaba en aquellos utopistas de los siglos remotos, el noble deseo de aliviar las desdichas de los hombres, haciendo cesar las desigualdades en que

creían hallar su fuente. No nos es posible, ni tendría tampoco objeto, por ser hartamente conocidas, reseñar las opiniones de los enciclopedistas cuyas doctrinas después de todo, sólo indirectamente con nuestro tema se relacionan; tampoco hay que hablar de los que durante la época del llamado socialismo *utopístico*, fueron, como Saint-Simon, Fourier, Owen y Cabet, los precursores del socialismo actual, ni tampoco, en fin, de aquella utopía de los talleres nacionales de Luis Blanc que ensangrentó las calles de París en las luctuosas jornadas de febrero de 1848, pocas semanas después que el socialismo moderno había hecho su solemne y oficial aparición en el mundo.

Tuvo ésta lugar como es sabido, por medio del que se llamó «Manifiesto del partido comunista» publicado después del pequeño Congreso celebrado en Londres en noviembre de 1847, por obra de la Liga de los comunistas, el cual confirió á Carlos Marx y Federico Engels, el encargo de redactar un programa detallado, teórico y práctico del partido. La aparición del Manifiesto Marx-Engels marca el fin del socialismo utopístico para dar lugar al socialismo moderno llamado también *científico* ó *marxista* del nombre de su fundador, siendo conocido aparte de estos nombres con el de *marxismo*, por considerarse que este nombre sólo ya lo simboliza, y con el de *colectivismo* ó *socialismo colectivista*, en razón de constituir el colectivismo la base de su doctrina y haberlo tomado como nombre oficial en el Congreso de Bruselas de 1868, abandonando la antigua denominación de partido comunista por creer que representaba esta palabra—después de todo sinónima á las anteriores—algo de la utopía que el nuevo partido quería borrar, y en que incurría, sin embargo, en tanta ó mayor escala que las doctrinas de tal suerte calificadas. (1)

Nacido Carlos Marx en Treveris de padres judíos convertidos al protestantismo, abrazó la causa del proletariado obrero y expulsado sucesivamente de Alemania, de Bélgica y de Francia, se estableció definitivamente en Londres desde donde dirigió hasta su muerte el movimiento socialista colectivista internacional. En 1864 publicó el primer tomo de su famosa obra «El Capital—Crítica de la Economía política» que traducido, puede decirse, en casi todos los idio-

(1) Los socialistas marxistas se encargan de hacer constar en sus periódicos la identidad de las palabras *socialismo*, *comunismo* y *colectivismo*.

mas anda en manos de todos los que en mayor ó menor escala han dedicado su atención á los estudios sociales (1), á pesar de ser su comprensión tarea no siempre fácil, y que constituyendo una diatriba implacable contra la producción capitalista, hizo época en la historia del socialismo moderno, del que vino á ser una especie de Evangelio hasta los últimos años del pasado siglo.

La esencia del socialismo marxista se encuentra en estos dos grandes fundamentos: la *concepción materialista de la historia* según la cual el factor económico, ó sea, el interés material y egoista es el que ha venido gobernando en todos tiempos á la humanidad, determinado el nacimiento y desarrollo ulterior de todos los fenómenos de la vida social en todos sus diversos órdenes, y la teoría llamada del *plus valor*, ó sea, el exceso de valor que tiene el trabajo del operario respecto del salario que percibe; exceso que *conglutinado*, viene á formar el capital del empresario que indebidamente lo lucra, resultando por ello, tal capital ilegítimo en su origen. El amigo y colaborador de Marx, Federico Engels, decía á este propósito: «Nosotros—los socialistas—debemos á Marx, dos grandes descubrimientos; él nos ha dado la concepción sintética de la historia bajo el punto de vista materialista y revelado el misterio de la producción capitalista, dando cuenta del *plus valor*. Gracias á estos dos descubrimientos, el socialismo ha venido á ser una ciencia». Y de ahí el nombre de *científico* que modestamente á sí propio se adjudicó como ya hemos tenido ocasión de indicar.

Consecuencia de esta concepción materialista de la historia—y ella forma otra de las bases de la teoría marxista—es la *lucha de clases* que desde su aparición ha venido en todos tiempos desgarrando á la humanidad, lucha que debe seguir hoy á todo trance entre los expoliados y los expoliadores, hasta que merced á una violenta catástrofe por que indefectiblemente ha de pasar la sociedad, venga á operarse en ella una transformación completa con la implantación del *colectivismo*, último fin de la doctrina marxista, ó sea, la apropiación por el Estado de todos los medios de producción y de trabajo, para que efectuado éste bajo su dirección, todos lo presten del modo debido y cesen las actuales desigualdades é injusticias entre los hombres.

(1) Muchos años después han visto la luz los dos tomos restantes de la obra.

A conseguir tal fin se encaminaban la organización y el programa del partido comunista cuyo manifiesto decía en su párrafo final. «Las clases dominadoras pueden temblar ante una revolución comunista. Los proletarios no tienen en ella nada que perder fuera de sus cadenas. Tienen en cambio un mundo que ganar» y terminaba con el conocido grito de guerra. «Proletarios de todo el mundo, uníos! grito que estampado en gruesos caracteres y traducido en todas las lenguas, ha figurado muchas veces en las paredes de los locales donde se celebraban los Congresos del socialismo.

No es difícil comprender el éxito inmenso que había de tener en buena parte de la clase trabajadora programa semejante, que venía á ser como una pretendida redención del proletariado. Caía la semilla en terreno abonado ya, por una larga serie de predicaciones anti-cristianas, y se dirigía á halagar los instintos tan propios de la humanidad, aficionada por desdicha á mirar sólo á la tierra y á los bienes materiales que la misma ofrece para el goce y recreo de los sentidos, hoy sobre todo como dice en un reciente escrito el Cardenal Capeceletro, que merced al progreso de las ciencias naturales, estos bienes materiales se han por lo menos centuplicado y visibles y agradables á los sentidos, resultan de una eficacia muy grande para escitar é inflamar los deseos de las multitudes que por otra parte, merced á la difusión de la imprenta, á su mayor instrucción, y á su participación mayor ó menor en la vida pública, no pueden contentarse con la existencia pobre y humilde de pasados tiempos.

Prueba del éxito grande de la teoría marxista, fué la creación de la llamada «Internacional» ó «Asociación internacional de trabajadores», definitivamente constituida en Londres después de muchas alternativas, en 1866, y en la que vino á encarnar como partido de acción el socialismo científico. Turbulenta y agitada fué su existencia desde aquel año hasta el de 1873 en que celebró en Génova el último de sus Congresos, á partir del cual y gracias también al quebranto que en ella había introducido el anarquismo, se fué la Internacional extinguiendo, pero si la Asociación desapareció, no desapareció el socialismo internacional, que desde entonces ofrece dos grandes direcciones, la del *socialismo colectivista* y la del *individualista ó anárquico*, panteista el primero según Toniolo, por su origen hegeliano, autoritario por su espíritu, germano por su patria; individualista el segundo por su tendencia como que en él

desaparece la idea de Estado, que en el otro todo lo absorbe y esclavo por su patria como una eflorescencia salvaje del Oriente europeo, y que concretó Bakounine en un cuerpo de doctrina,—aunque en Alemania quizás tuvo su primer origen;—dos alas inmensas del moderno socialismo que se pliegan y encogen para envolver en su sombra á todo el mundo civilizado y cuya fusión, en vano otras veces intentada, de nuevo se procuró sin realizarse, en el Congreso mixto de Gante de 1877, ya que el pacto de solidaridad que por escasa mayoría allí fué establecido, no produjo en la práctica resultado alguno.

A partir del momento de la desaparición de la Internacional, toda la historia del socialismo marxista se reconcentra en Alemania, de donde irradian sus doctrinas á los demás países y donde hechos anteriores que muy ligeramente hemos de indicar, habían ejercido notable influencia en el porvenir de su doctrina. Ya se comprenderá que aludimos á la campaña de Fernando Lassalle tan famoso en los anales del socialismo, como que él fué quien primero inició su evolución en el terreno político.

Hijo Lasalle de padres judíos—la marca semita parece característica del socialismo alemán—y muerto joven y trágicamente en duelo en 1864, no por el pueblo, sino por el amor de una mujer, fué en Alemania quien supo agitar durante los dos años últimos de su vida las masas obreras, publicando ardientes opúsculos en que hacía una implacable guerra á la burguesía y en que planteaba un sistema económico, fundado en la famosa ley de *bronce* de los *salararios* que transitoriamente formó parte del programa marxista y que durante un cuarto de siglo desempeñó un importante papel en la agitación antisocial.

Entre el socialismo de Marx y el de Lasalle aunque coincidiendo en los esenciales puntos de la ilegitimidad del capital y la necesidad de un cambio radical en el modo de ser de la actual sociedad, mediaban sin embargo diferencias fundamentales. El socialismo de Marx era teórico, internacional y revolucionario: el de Lassalle era práctico, nacional y gubernamental; lo quería todo para Prusia su patria donde fundó en 1863 la Asociación general alemana de los obreros y lejos de querer destruir por medios violentos el Estado tal como se hallaba constituido, se apoyaba en él y solicitaba su concurso para coadyuvar á la realización de sus fines; y no le desatendió el Estado ciertamente, ya que por razones de diverso orden el

Ministro Bismark hizo votar la ley de sufragio universal que Lassalle solicitaba y que tanta influencia ejerció en el progresivo desarrollo del socialismo alemán.

Vivas y ardientes fueron las luchas entre el socialismo revolucionario y el gubernamental, hasta que en el Congreso de Gotha celebrado en 1875, tuvo lugar la fusión, aprobándose el célebre Programa de Gotha que no fué sólo el que oficialmente tuvo el socialismo científico ó marxista, sino también el de los demás países que no tenían por aquel entonces ni casi han tenido después, personalidad propia de relieve é importancia, limitándose en general y en medio de sus variados grupos, escuelas y tendencias á ser un mero satélite del socialismo marxista.

El programa de Gotha llamado también programa *máximo* en oposición al que dieciséis años después por efecto de la evolución sufrida por el socialismo, se aprobó en Erfurt y que constituye su programa *mínimo*, vino á ser una transacción entre los partidarios de Marx y de Lassalle lo que motivó censuras por parte del primero por creer que habían sido las concesiones excesivas. Empero, salvas discrepancias, después de todo, no esenciales, el programa de Gotha, como fórmula del socialismo alemán, que es como casi decir del socialismo universal, viene á aceptar en general los principios y bases de la teoría marxista y en primer término la fundamental del colectivismo, poniendo al lado de éstos y como complemento, la *ley de bronce* de Lassalle. (1)

(1) Esta famosa ley de bronce que durante muchos años obsesionó á la clase obrera y aún á muchos economistas, la hacia derivar Lassalle del régimen de la oferta y de la demanda. En toda empresa capitalista distinguía tres elementos: la primera materia, el salario del obrero y el producto ó beneficio. El obrero que contribuye á este último no participa de él, está reducido el salario. Ahora bien: el salario no está en relación del beneficio realizado, sino en relación con las necesidades de la vida, esto es, de lo que exigen la habitación, el vestido y la alimentación. La implacable concurrencia pesa sobre el salario. Para sostenerla, el capital se ve precisado á producir barato y no pudiendo reducir el precio de la primera materia, reducirá tanto como sea posible el salario. Y aun no es esto todo: el salario está sometido también á la oferta y la demanda. El término medio del salario queda pues reducido á cubrir el gasto necesario de la vida; no puede elevarse demasiado, porque entonces con la mejora de condición se aumentaría la población obrera, y con ello el número de brazos que harían en seguida bajar el salario, ni puede tampoco bajar demasiado porque entonces la emigración, el celibato y en último término la miseria, operarían una disminución en el número de trabajadores, seguida de una

Es pues ocasión de que examinemos brevemente esta teoría socialista á la luz de los principios, como hacen los últimos autores que sobre ella han escrito, y que quieren ante todo indagar la génesis ó fundamento que la misma encuentra en la ciencia contemporánea.

Varios son los escritores que inspirándose en el criterio generalmente adoptado por la moderna sociología, consideran que el aspecto social del individuo, harto descuidado según Guyau, es el que debe prevalecer y que ésta ha sido la tarea del pasado siglo en todos los órdenes de la ciencia. El individuo, según ellos, es una abstracción cuando quiere considerársele aislado, mientras la sociedad es el ser verdaderamente real y concreto, formando un organismo del cual es parte el hombre: que por ello la idea socialista, idea de unión y de solidaridad, es la que responde á la naturaleza humana y abiertamente pugna con la ley individualista de la libre concurrencia, hoy sobre todo que la división del trabajo llevado á un extremo que no podía soñarse en pasados tiempos, hace más imposible la vida aislada, é impone con mayor fuerza la idea de solidaridad entre individuo é individuo.

Esta base sociológica que quiere darse al socialismo y que sin duda estuvo muy lejos de la mente de sus fundadores, es inadmisibles de todo punto, descansando, como descansa, en esta visión fantástica del cuerpo social que ni el mismo Spencer admitía de un modo absoluto, sino que la establecía como término de comparación, habiendo sido sus discípulos y los comentadores de su doctrina, quienes por modo lastimoso la exageraron. Esta especie de que el individuo sea una abstracción; que el mayor error—como sostiene Gumplovicz—sea decir que el hombre piensa, porque quien piensa es la comunidad á que pertenece, y mil otras parecidas exageraciones con que una ciencia tan discutida y en mantillas como la sociología, quiere resolver las cuestiones más graves que agitan el pensamiento humano, carecen en absoluto de valor ante los dictados del buen sentido; y son los mismos sociólogos, como Loria,

menor oferta de brazos, que tendría como consecuencia volver el salario á su anterior estado de alza ó de subida. Esta ley que Lassalle llamó de bronce y en la que se junta lo verdadero con lo falso, fué como veremos, abandonada luego por los socialistas en su nuevo programa de Erfurt y no creemos por tanto, necesario, dar sobre ella mayores explicaciones. Véase sobre este punto á Winterer «Le socialisme contemporain».

Colajanni y otros quienes se encargan de pulverizarlas. En todo caso además, la idea de solidaridad que en absoluto nadie niega como el aspecto social del individuo que es evidente, no se comprende porque lógica evolución del pensamiento habrían de conducir al colectivismo dentro de cada Estado y no á una federación absoluta de toda la humanidad.

Precisando más estos conceptos, y siguiendo la tendencia favorable al evolucionismo spenceriano, que para algunos ha querido convertirse en una especie de nueva religión, Ferri uno de los campeones de la Escuela positivista italiana y que ingresó en el campo socialista, tratando de justificar su evolución en el terreno científico, quiere levantar el colectivismo sobre la trípede Darwin, Spencer, Marx, siguiéndole en esto Colajanni y otros autores, pero como con razón hace observar Labriola, solo desfigurando á Marx podía encontrarse semejante enlace de doctrina contra el cual se encarga de protestar el mismo Spencer en carta dirigida al escritor Lucio Fiorentini y que este literalmente transcribe en su obra «L' evoluzione del socialismo alla fine del secolo XIX.»

En realidad, no resulta por ningún lado este pretendido fundamento científico y lo lógico es admitir dentro siempre del criterio en que se inspiraba Marx, que la única filiación que en este terreno cabe dar al colectivismo marxista, es la del panteísmo hegeliano que encontró adecuado ambiente según Ballerini por haberle preparado el terreno la Reforma, y la Revolución.

Dejando ya la doctrina en su conjunto como idea, y pasando á examinar por separado los puntos esenciales que comprende el socialismo Marxista, tócanos hablar en primer término del *materalismo histórico* que aunque un poco tardamente, después del largo tiempo transcurrido desde que vió la luz la obra de Marx, ha sido objeto en estos últimos años de estudio y de cultivo en Alemania, en Francia y en Italia.

Esta concepción sintética de la historia sobre la base materialista, se funda, como ya antes indicábamos, en el principio fundamental de que el factor económico es el que determina todos los fenómenos sociales, obrando como una necesidad férrea sobre las acciones humanas que en su aspecto moral, religioso, jurídico, social y familiar, obedecen á semejante irresistible impulso que explica todas las transformaciones raras é inexplicables en ocasiones, porque, en la sucesión de los siglos, ha venido pasando la huma-

nidad. Y este materialismo histórico tan cultivado por algunos autores y atenuado por algunos en su primitiva crudeza, pero subsistiendo el mismo en el fondo, es el que ha impreso una nueva dirección á estudios de la moderna ciencia sociológica, siendo entre sus cultivadores muchos los que han aceptado esta base en contra de la que se llamaba psicológica tomada de Augusto Comte y biológica, inspirada en las doctrinas spencerianas.

No se necesita ciertamente gran esfuerzo para demostrar la absoluta falta de fundamento de este pretendido teorema del socialismo marxista. El mismo Marx viene á indicar que las causas económicas son las últimas determinantes, lo que supone naturalmente la existencia de otras anteriores que entre sí se enlazan y compenetran para formar la resultante final. Esta concepción materialista que trata de explicar todos los hechos de la historia, no puede hacerlo, aunque lo intenta, con los más culminantes que en el orden moral, religioso y artístico ha ofrecido la humanidad. Incapaces Marx y los suyos, dado el ateísmo y materialismo absolutos, que inspiraban sus doctrinas, de comprender el Cristianismo y los grandes hechos del mismo, como todo aquello que traspasa los límites de la materia inerte, han debido escribir una historia caprichosa y fantástica que se plegara á sus especiales puntos de vista, en que para nada interviniera la providencia del Supremo Hacedor del Universo, y en que no hubiera, por tanto, quien creara, como todos los demás, este factor económico, pretendida causa prima ó célula unitaria de todos los fenómenos sociales.

Y no son los adversarios del marxismo quienes han derrocado este baluarte de su doctrina: son sus mismos partidarios los que se han encargado de llevarlo á cabo. Malon en su obra «El socialismo integral» combatiendo el repugnante materialismo de su maestro, trata de espiritualizar el colectivismo marxista gracias á una moral basada en el altruismo, es decir, de completar ó integrar el socialismo colectivista mediante el elemento psicológico-moral. Y decía aquel notable escritor, salido de las últimas capas del proletariado, donde había sido el apóstol de las más radicales doctrinas. «Tengo la convicción profunda y no cesaré de inculcarla á mis hermanos socialistas, que la reivindicación económica de los proletarios, no podrá realizarse sino apoyándose en las fuerzas morales, como irradiación interna, que son éstas de la naturaleza

humana» (1). Y por su parte Berstein otro de los grandes escritores del socialismo, en su libro «El socialismo teórico y la democracia social práctica» combate también este elemento esencial del marxismo, sosteniendo que las condiciones económicas y de propiedad, no constituyen más que una parte del ambiente social que se determina por los más variados elementos incluso *los del orden moral*.

Por esto el materialismo histórico aunque con criterio muy ampliado por el mismo Engels en sus últimos tiempos y por Labriola en Italia en sus escritos de fecha reciente sobre la materia, no puede estimarse como base de ninguna teoría y según Merlino, otro de los socialistas que también lo combaten, esta doctrina no es ni podría ser una nueva filosofía de la historia ó un nuevo método, sino sencillamente una suma de nuevos datos ó experiencias que no podría dar apoyo ninguno al socialismo.

Igual falta de fundamento que este pretendido materialismo histórico, presenta la teoría del *plus valor* que engendra, según Marx, ilegítimamente el capital y debe provocar la lucha violenta de clases para destruirlo. Reduciendo la idea á los más precisos términos, vemos que sostiene Marx como base de su sistema, que solamente el trabajo es la fuente del valor de un objeto—no la fuente de toda riqueza como dice el programa de Gotha. En todo objeto hay dos clases de valores: el valor en uso y el valor en cambio y de éste sobre todo se trata: la medida absoluta de este valor se encuentra en la cantidad de trabajo humano necesaria para poner un objeto en el estado en que se encuentra en el momento del cambio, de modo que dos objetos que contienen la misma cantidad de trabajo, deberían tener el mismo valor en cambio.

La cantidad de trabajo lo mide Marx por su duración, teniendo en cuenta las fuerzas y aptitudes que constituyen el tipo ordinario de la masa obrera y habla, por tanto, de la duración media del trabajo necesario para la producción de las mercancías. En el mundo actual de la producción capitalista, el trabajador no posee los instrumentos necesarios para ella; quien los posee es el capitalista. El obrero se dirige á él y éste compra, no el trabajo mismo que contiene el objeto confeccionado, sino la *potencia de trabajo* del asa-

(1) Ya veremos luego que este elemento moral de Malon no es admisible por su tendencia.

lariado; el capitalista utiliza esta potencia de trabajo y se apropia el valor por ella creado. Ahora bien: en el valor así creado, hay más que el valor en cambio de esta potencia de trabajo comprada por el capitalista. Según la ley que regula las actuales relaciones económicas, el valor en cambio de la potencia de trabajo, valdrá por ejemplo, cuatro francos equivalentes á los gastos de manutención del obrero y es tal suma el salario que éste percibe. Seis horas de trabajo bastarían para producir estos cuatro francos; pero en lugar de trabajar estas seis horas, el obrero trabaja doce y así al lado del valor producido por las primeras seis, hay un segundo valor producido por las seis restantes. Este segundo valor que el capitalista se atribuye, es el famoso *plus valor* de la teoría marxista el cual se traduce en la diferencia que se obtiene de la mercancía al venderla en el mercado, respecto del salario pagado al que la elaboró.

Y como el obrero obligado por la dura necesidad y ante la concurrencia cada día creciente, tiene que vender esta potencia de trabajo á un precio mínimo y como por otra parte, el *plus valor* creado sirve á su vez para crear otros valores y *plus valores*, de ahí el crecimiento constante de este capital y la concentración en manos de unos cuantos privilegiados, de enormes riquezas por tan ilegítimo título adquiridas.

¿Tiene algún fundamento esta teoría, reveladora, según Engels, del misterio de la producción capitalista? Berstein mismo, uno de los adalides de la escuela, aunque heterodoxo en estos últimos tiempos, reconoce que tal teoría es errónea debiéndose reconocer que si es ésta una de las fuentes del capital,—después de todo no ilegítima,—hay al lado de ella muchas otras que Marx, con el exclusivismo que caracteriza su teoría, no ha sabido ó no ha querido tener en cuenta.

Y en efecto: poco esfuerzo se necesita para comprender la inconsistencia de esta teoría marxista del valor, derivada después de todo de la conocida ley preconizada por el economista Ricardo, que seguida por unos pocos y combatida por los demás, ha dado lugar á enormes errores, entre ellos, el socialismo.

Basta, dice Winterer, darse una vuelta por el mercado, para encontrar en el acto en él numerosos objetos cuyo valor en cambio es determinado por cosa distinta que el trabajo en ellos contenido; unos en que el valor supera con mucho al trabajo; otros en que es, por el contrario, considerablemente inferior al mismo. La idea del

valor en su aspecto económico, del que se han dado casi tantas definiciones como economistas han escrito sobre la materia,—viniendo á ser como la idea del derecho y otras fundamentales sobre las que incesantemente fantasean los escritores, siendo así que el buen sentido es el mejor elemento para comprenderlas,—supone necesariamente en el objeto de que se trata dos condiciones: que sea el objeto socialmente útil y que el mismo no brote espontáneamente de la naturaleza, sino que requiriendo en mayor ó menor grado el empleo de la industria ó trabajo del hombre no se lo puede éste procurar sinó con una cierta dificultad de varia y diferente extensión. Pero esta utilidad que determina el valor y que según sea directamente aplicado, engendra el llamado valor en uso, ó según que lo sea indirectamente para la satisfacción de las necesidades ajenas, se llama valor en cambio y se mide por el precio que varía, como es harto sabido, según la situación del mercado y obedeciendo á la ley fundamental, no por conocida y antigua, menos cierta, de la oferta y la demanda; esta utilidad decimos, y por lo tanto, este valor, indeclinablemente exigen el concurso de la naturaleza y el del trabajo, sin que ninguno de los dos elementos por sí solo pueda ser fuente del valor, ni de la riqueza.

Y esto con toda evidencia se presenta en el mismo caso que propone Marx. ¿Acaso no tiene un valor el objeto que el titulado capitalista pone en manos del operario para su elaboración? ¿Acaso no tienen valor el conjunto de elementos así morales,—esto es, de inteligencia y de actividad—como materiales, en cuanto son indispensable para el conjunto de operaciones necesarias para la presentación del producto en el mercado? ¿Y puede decirse que es todo esto ilegítimo y que el operario ha de obtener una recompensa que equivalga al entero precio de la mercancía?

Sofisma tan grande no podía ser aceptado por los mismos secuaces del socialismo que no pueden atribuir á su tan discutido maestro el privilegio de la infalibilidad, y de ahí, que sin contar á Berstein cuya opinión ya hemos consignado, vemos que Schäffle en su Quinta esencia del socialismo, después de atinadas consideraciones, dice que una semejante teoría es absolutamente incapaz de solucionar el problema planteado por el socialismo.» Loria hace votos porque los discípulos de Marx abduquen de esta teoría del valor que alzada desde hace setenta años como bandera de la revolución social, ha venido hoy á ser un informe gui-

ñapo y emancipándose de las capciosas teorías de una metafísica ya hoy en desuso, funden en bases más firmes la crítica de la vieja sociedad; y por fin, Merlino dice: que esta teoría que por tanto tiempo ha venido siendo el caballo de batalla del marxismo, ó se combate hoy por constituir una simple hipótesis, ó por no ser esencial para la doctrina y las conclusiones del socialismo científico, añadiendo que no le maravillaría que se la arrinconase entre los trastos viejos en compañía de la famosa ley de bronce de Lassalle. También otro caracterizado socialista, Georges Renard, Director de la *Revue socialiste* después de Malon á cuyo libro hemos aludido antes, se separa por completo del criterio de Marx en orden á la teoría del valor representado por el trabajo, pues no admite que el tiempo de trabajo necesario sea el que venga á determinar tal valor, sino que como esencial para ello debe tenerse en cuenta la intensidad de la necesidad social.

Pero no necesitamos ir en busca de opiniones extrañas para demostrar la falsedad de estas teorías del valor y *plus valor* bases esenciales del socialismo científico: el mismo Marx se encarga de darnos de ello la demostración. En efecto en el tomo último de su obra «El Capital» constituido por sus notas póstumas, dadas á luz por Federico Engels, también fallecido últimamente, se consigna que el valor, según Marx no era proporcional al tiempo del trabajo empleado, sino bajo el régimen del pequeño taller. Ahora bien: el caso es distinto tratándose de la grande industria: ya el trabajo personal ha terminado en este caso su papel y cada vez coincide más raramente con el precio. Es el grado de la producción social, el conjunto de la vida social, en último término, la oferta y la demanda, lo que determina este precio. Lejos de resultar el mismo de las horas de trabajo no pagadas, de ser un robo hecho á los obreros, la ganancia del empresario depende del estado del mercado, de la mayor perfección de la maquinaria, del trabajo mental, del mayor ó menor espíritu de empresa, del cálculo, de la habilidad, de la decisión. Es decir: que las teorías del valor y del *plus valor* y en cierta medida, del plus trabajo, desaparecen de la base misma del edificio del marxismo, por declaración de su propio fundador.

Y sin embargo, de esta teoría tan ridiculizada hoy por los mismos socialistas, deriva el titulado socialismo científico, nada menos que todo su sistema de organización de la nueva sociedad bajo la

base del colectivismo. Desde luego se comprende que aún siendo grave la enfermedad que Marx se proponía curar, resulta con ella de todo punto desproporcionado el remedio, y además, por todo extremo inadecuado, pues sanos y enfermos han de someterse á él sin desearlo ni pretenderlo.

¿Es acaso que la producción capitalista constituye la única forma moderna de producción? La contestación negativa se impone con toda evidencia. La división y fraccionamiento de los capitales son hechos hoy indudables, de modo que la afirmación marxista de que la evolución económica actual tiende á disminuir el número de poseedores, ó sea, de capitalistas, está totalmente desmentida por los hechos en la inmensa mayoría de las naciones. En ellas el número de pequeños rentistas como son los poseedores de valores públicos ó de empresas privadas, crece todos los días de una manera considerable, y por otra parte, al lado de la grande industria objeto de las iras del marxismo, está formando legión con los rentistas, un número inmenso de medianas y pequeñas industrias de vitalidad incontestable, que forman el nervio principal de la Sociedad y cuyos dueños ó empresarios, prestan generalmente á ellas el concurso de su personal trabajo, al lado y en cantidad igual ó superior á veces á los mismos obreros. Y fenómeno igual, en fin, se observa generalmente en una parte de la propiedad inmueble donde el número de poseedores aumenta también constantemente.

Resulta, pues, que el socialismo científico, mirando el mundo bajo este pequeño prisma, como si todo él se encerrara en las relaciones entre el capital y el trabajo, y aun mejor, entre la grande industria y los operarios, se forja una sociedad á su antojo, vagando por las regiones de la utopía y sentando un colosal sofisma como base de su revolucionaria teoría.

Pero el sofisma crece y avanza, aun dentro de este pequeño mundo en que el socialismo se agita. Ciertamente que han existido en pasados tiempos formidables abusos en esta producción capitalista: cierto que quizá en determinadas localidades é industrias, no hayan aún del todo desaparecido, á pesar de las leyes que tratan de corregirlos; pero los abusos de un sistema—no inevitables después de todo—reclaman y exigen que aquél se mejore y se corrija, pero no que se acabe con el sistema mismo, para hacer plaza á otro de peores condiciones y positivamente de inevitables desastrosos resultados.

No ciertamente todas las industrias han producido la riqueza de sus dueños, sino por el contrario, en muchos casos, su ruina, ni los trabajadores cuya condición es hoy generalmente muy superior á la de los pasados tiempos, son víctimas en todo caso de esta codicia del capitalista, ni explotados por él, le fabrican con este fantástico *plus* valor, su muchas veces fantástica riqueza. No hay que decir, pues á la vista está, que hombres de carrera ó poseedores de conocimientos que les han exigido años de estudios, gustosos cambiarían el producto ó retribución de su trabajo, por el que obtienen—y á costa de bien poco esfuerzo físico muchas veces—ciertos obreros ú obreras en determinadas industrias, y esto explica el éxito relativamente escaso del socialismo en muchas naciones y comarcas porque no cree la clase obrera en este paraíso con que aquél le brinda, ni quiere esta felicidad que á pesar suyo se empeña en proporcionarle.

Ya había antes Berstein hecho notar lo propio y Wolmar, otro socialista que participa de las ideas de este último, ha demostrado que singularmente por lo que mira á la agricultura, no representa la maquinaria un papel decisivo. El pequeño cultivo intensivo, en particular el de los frutos, de la viña y de las legumbres, es más remunerador que el cultivo extensivo. En todas partes, aun en la misma América, hay un alto ó retroceso en punto á las grandes explotaciones, en sentido inverso al que propone Marx. Como •dado esto—dice Berstein—resolver la cuestión entre la industria socializada y la agricultura individualista?

Otro tanto sucede según aquel autor, con el supuesto avance del pauperismo en las masas obreras por la explotación capitalista. Es cierto, dice, precisamente lo contrario. Puede, se pregunta hablarse de explotación, de opresión, de servidumbre, para la clase más numerosa, que es la de las gentes del campo? (1) Y la grande industria empobrece tan poco en su conjunto á los obreros, según declaración de los mismos socialistas más exaltados, que la clase obrera obtiene las condiciones más favorables, precisamente en los países en que el capitalismo y la maquinaria han alcanzado el más alto grado de desarrollo. Los salarios aumentan en razón de la

(1) Sabida es la situación harto precaria hoy día de los trabajadores rurales; pero no por las causas que indica el socialismo que bien poco se cuidó de ellos en los primeros tiempos.

importancia de los establecimientos industriales. Los Estados Unidos, el país de los *Trusts* y de los millonarios, el país que según la teoría de Marx, debería ofrecernos el espectáculo de algunas docenas de *Wanderbilts*, de *Goulds* y de *Astors* rodeados de una multitud siempre creciente de hambrientos, es por el contrario, el país donde las clases medias no cesan de elevarse más rápidamente cada día. Otro tanto ocurre en Inglaterra: uno de los prohombres de la democracia social, el Doctor Schanlank, citando las estadísticas del impuesto sobre la renta de las grandes ciudades de Alemania, reconoce que se revela la aparición de una pequeña burguesía salida del seno de las clases obreras. Y lo que dicen estos escritores socialistas respecto de los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania, es lo que puede señalarse, en mayor ó en menor escala, como fenómeno general en todas las naciones.

Pero si abandonando el lado optimista de la cuestión, tendemos la mirada á tantos y tantos que sufren por no poder obtener con su trabajo, á veces exagerado y excesivo, ni siquiera el mínimun indispensable para la subsistencia, ya sea ello efecto de la codicia del capital, ya de las leyes que inexorablemente regulan la producción, ya de otras variadas y externas causas; si tratamos de buscar remedio á estos males que afligen á una parte de la humanidad, lo lógico es ir buscando los medios que puedan conducir á ello sin trastornos ni sacudimientos sociales y sin menoscabo de los que contentos de su suerte ó con ella por lo menos resignados, viven honradamente con su trabajo ó de sus medios legítimamente adquiridos, sin agravio de la religión ni de la ley.

Y esto es lo que cerrando á la evidencia los ojos, se empeña en no ver el socialismo al querer por beneficiar á algunos—después de todo equivocadamente—perjudicar á todos con la implantación de lo que forma esta piedra angular de su sistema, ó sea, el colectivismo.

Sobre lo que este colectivismo sea, y el Estado por tanto, que bajo su base habría de formarse, no habla la escuela con suficiente claridad. El conceptuoso lenguaje de Marx y su especial manera de exponer las ideas, hacen algo difícil la comprensión de éstas, y por ello uno de sus secuaces y admiradores Gabriel Deville, en su obra «Principes socialistes», ha facilitado el conocimiento de la teoría marxista, exponiendo sus principios con ordenada claridad. También Schäffle en su obra ya citada hace también un resumen de lo

que significa el colectivismo; pero aun así resulta por todo extremo difícil señalar con precisión sus justos límites: el objeto es en nombre de tal principio, volver de arriba á bajo la sociedad, luego quien viviere verá lo que sucede.

En síntesis y partiendo del supuesto de que la propiedad privada es el origen de todos los males, el socialismo científico establece como bases de la futura organización social: 1.º la propiedad colectiva de todos los medios de producción como son las tierras, edificios, talleres, máquinas, instrumentos y útiles á ella destinados. 2.º; la organización social ó colectiva del trabajo, que es como decir, división y dirección corporativas del proceso productivo del trabajo de todos, sobre la propiedad colectiva de todos los materiales destinados al ejercicio del trabajo social. 3.º; el reparto del producto colectivo entre los asociados en razón del valor y cantidad de la obra realizada. 4.º; disfrute por los que prestan servicios de utilidad general al ente colectivo, como son los jueces, empleados, maestros, artistas, hombres de ciencia, que no producen bienes materiales, ó en otros términos, todas las personas no directamente productoras porque no se dedican á la transformación de la materia, de una parte del producto del trabajo público proporcionado al tiempo empleado trabajando en provecho de la sociedad entera; y 5.º, supresión de todos los capitales á préstamo, créditos, deudas públicas y privadas, arrendamientos rústicos y urbanos, de las Bolsas de comercio, del mercado, del dinero y de la moneda; en suma, que nada subsistirá ni se conservará de cuanto es carácter y consecuencia del sistema de producción privada.

En apoyo de esta doctrina comunista, se invoca por sus defensores la igualdad humana diciendo: si todos los hombres son por naturaleza iguales, ¿porqué de hecho ha de haber estas desigualdades? ¿Porqué si la tierra era común á todos, hay unos que la acaparan privando á los otros de ella? No es necesario entrar á discutir cuestión tan antigua y conocida, pero como los socialistas van á buscar argumentos en la Religión cristiana en la cual por otra parte no creen, importa insistir en lo que decíamos antes á saber: que si todos los hombres son iguales en su esencia, son en cambio completamente desiguales en sus condiciones físicas, intelectuales, y morales y por esto como dice el actual Pontífice León XIII en su Encíclica *Rerum novarum* «después de hacer constar en admirable forma este hecho, «Aunque se muden y remuden las formas de

gobierno, siempre existirá aquella variedad y disparidad de condiciones sin la cual no pueda haber ni aun concebirse ninguna sociedad humana. Habrá siempre ministros, jueces, legisladores, en una palabra, hombres que gobiernen la nación en tiempo de paz y la defiendan en la guerra.»

Dicen también los socialistas que la Religión cristiana enseña que Dios dió á los hombres la tierra en común y por esto los Padres de la Iglesia predicán doctrinas comunistas, citando especialmente á San Ambrosio que en el libro 1.^o, cap. 28 de *Officio* dice *natura igitur jus commune generavit; usurpatio jus fecit privatum*. Este texto, empero, como Ballerini cumplidamente demuestra, no tiene la significación que quiere atribuírsele, ni la palabra *usurpatio* el odioso sentido que le dan los socialistas, sino sencillamente el de *ocupación* perfectamente lícita y seguida casi siempre del trabajo, pues si la naturaleza autoriza al hombre para poseer, en verdad no puede cometer ningún hurto ni ninguna injusticia, apropiándose aquello que es por naturaleza apropiable. No tendría por otra parte sentido, alguno de los preceptos del Decálogo, si el Cristianismo no hubiera reconocido como legítima la propiedad privada, y por ello el actual Pontífice en su Encíclica citada, demuestra con irrefutables argumentos esta legitimidad, como base necesaria del orden social, consignando estas importantes palabras: «Porque decir que Dios ha dado la tierra en común á todo el linaje humano, no es decir que todos los hombres, indistintamente, sean señores de toda ella, sino que no señaló Dios, á ninguno en particular la parte que había de poseer, dejando á la industria del hombre y á las leyes de los pueblos, la determinación de dicha parte.»

Se habla también del comunismo de los primeros cristianos deduciendo de ello la legitimidad del que ahora sostienen; pero dejando aparte que imperaba allí una fé que quiere el socialismo destruir; que los tiempos, las circunstancias y las condiciones en que aquel pequeño grupo vivía, en nada absolutamente pueden presentar ni remota semejanza con los tiempos, circunstancias y condiciones de la sociedad actual, resulta un hecho evidente que aquel lazo de comunidad que unía á los primeros cristianos, era puramente voluntario, de modo que el individuo que quería dar lo suyo á la comunidad, como ocurría generalmente, adquiría el derecho de ser mantenido por ella; pero sino quería, conservaba

su privada propiedad en todo tiempo reconocida por la Iglesia, por más que los Santos Padres—y en esto consiste el socialismo que se les imputa—aconsejaban en conformidad á las enseñanzas de la Religión, el buen uso de la propiedad que venía condicionada por el deber de la limosna á los pobres y desvalidos, objeto de especial amor por parte del Divino Maestro.

Pero se dice abandonando este terreno: el hombre tiene el derecho á la existencia superior al de propiedad, superior á todos: para hacerlo efectivo, para vivir, necesita del trabajo; éste no puede practicarlo porque los medios que para él le son precisos están en poder de particulares, por virtud del derecho de propiedad reconocido por las leyes; luego es preciso que estos medios desaparezcan de poder de los particulares y vayan al Estado, para que este garantice por tal modo el derecho á la existencia, de otra suerte completamente ilusorio.

Este argumento capital del socialismo, no resista al más ligero análisis. Del derecho á la existencia emana precisamente el originario fundamento del derecho de propiedad que legítimamente se ha cristalizado en manos de los particulares á quienes se quiere quitar el producto de su habilidad y de su trabajo, propio ó de sus antecesores, para gozar de él quienes nada han hecho para obtenerlo ni conservarlo. Pero, es que hay individuos que por falta de trabajo, van á perecer y á quienes se priva, por tanto, del derecho á la existencia? Ciertamente que tan triste caso ocurre en mayor ó menor intensidad sino con frecuencia, en más de una ocasión por desgracia; pero es su número tan insignificante con relación al total de la humanidad, que á la vista salta el absurdo de que para poner remedio á mal semejante, se haga necesario el trastorno total de la sociedad con la implantación del colectivismo. La beneficencia pública deber del Estado al que va unido como correlativo, el derecho del individuo, amparará á éste, que por punto general sufrirá en su salud ó en su organismo quebrantos que para el trabajo le inhabiliten: la caridad y beneficencia privadas en sus múltiples y variadas formas, hará el resto y los males se remediarán en la medida posible dentro de la imperfecta organización de las humanas sociedades, sin que la mera discusión teórica de si debe ó no un pequeño y determinado número de individuos, ejercitar un derecho trabajando ó recibir un beneficio durante el tiempo—que será generalmente corto—en que

se vea privado de hacerlo, autorice á reclamar otra cosa que aquellas prudentes y necesarias medidas con que puedan evitarse estas dolorosas llagas de la sociedad.

¿Pero, es por otra parte, que la implantación del colectivismo habría de aliviar la situación de los que sufren y son víctimas, en una ú otra forma, de las injusticias humanas dentro de la actual organización social? Muy lejos nos llevaría un examen detenido de lo que habría de ser este fantástico estado colectivista con que algunos sueñan. Su enumeración claramente ya resulta de las mismas absurdas bases bajo que debiera constituirse; pero haciendo de ellas un ligero esbozo, podemos decir que con él se crearía un estado de cosas infinitamente peor para el obrero que el que hoy se condena; porque el obrero sería siempre obrero sin esperanza alguna de poder mejorar en lo porvenir su condición, reproduciéndose para él las terribles palabras del infierno del Dante; porque bajo otros nombres y en otras formas, encontraría amos peores que los actuales odiados burgueses y capitalistas; porque del entero producto del trabajo que hoy le prometen los socialistas, no llegaría á él más que lo puramente necesario para su subsistencia y porque quitado el estímulo del interés privado, la producción disminuiría y crecerían en su lugar las necesidades y el consumo, de modo que aquella abundancia de bienes que los socialistas prometen al obrero, se traduciría en la más amarga desilusión y en un embrutecimiento moral y material que exigiría el constante empleo de la fuerza, ya que el socialismo contemporáneo no reconoce autoridad alguna superior al hombre, y sólo con la fuerza, por tanto, podría resolver los mil conflictos que á diario se presentarían.

Para formarnos una idea de lo que sería este Estado, oigamos á Merlino que procedente del campo anarquista y figurando en el socialismo radical, para nadie ciertamente podrá ser sospechoso de parcialidad. Pues bien: este autor en su obra «L' Utopia colettivista é la crisi del socialismo scientifico» que apareció en 1898 en Italia y cuyo título por sí sólo equivale á una larga disertación, se esfuerza en penetrar con la mirada en la vida real que resultaría de la implantación del colectivismo. La colectividad, dice, debiera tener almacenes, bazares universales para todas las necesidades y para todos los caprichos, y hacer frente á todas las pérdidas de las mercancías sujetas á deterioro. Todos los cambios se harían por medio de la colectividad, los administradores deberían pensar en todo

y en la imposibilidad de contentar á todo el mundo, la empresa privada reaparecería siempre al lado de la colectiva y el plan andaría por los aires. Esto en cuanto á las dificultades relativas al consumo; por lo que mira á la producción, los individuos deberían trabajar todos por cuenta de la colectividad. Evidentemente serían menos libres trabajando para un capitalista único, que no lo son hoy trabajando ora para un amo, ora para otro. Disponiendo la colectividad de todo, comenzando por el suelo, surgirían las luchas para las mejores asignaciones del mismo, y de ahí las competencias para la dirección de la administración y por el poder, y de ahí también la evitable consecuencia de una continua colisión.

La colectividad no podría establecer una remuneración uniforme de trabajos y de precios y para salir del paso, no le quedaría otro remedio que dejar que los cambios fuesen regulados por el interés recíproco y aun que existiesen en relación de la oferta y la demanda, ó sea, determinados por la ley de la libre concurrencia.

Hay más, añade Merlino. El derecho de los obreros es claro que no puede ser igual: una medida única no quiere decir igualdad. Los trabajos se distinguen por su dificultad y su cualidad y aún por la determinación de las recompensas; siendo el simple trabajo una idea abstracta, no se podría en la práctica aplicar otra ley que la de la demanda y de la oferta. Pero la demanda sólo tiene eficacia en cuanto está sostenida por la capacidad ó posibilidad de adquisición, y por ello en el fenómeno económico del cambio, tiene lugar el precio que hace subir ó bajar la remuneración del trabajo que especialmente sirve para producir aquel determinado objeto.

El valor, dice Merlino, no es un atributo de la materia en general, sino de cada cosa individualmente considerada, no es una expresión de cantidad sino de cualidad. Cada cosa tiene un valor específico y variable dependiente de la estimación que hace el individuo de sus necesidades, y de una infinidad de causas individuales y sociales que escapan á la apreciación de la más cuidadosa y exacta estadística. Ahora bien: la administración colectiva no podría señalar el justo valor á todas las cosas y en todo caso: ¿qué garantías ofrecería de capacidad, de imparcialidad y de justicia?

No hay manera de salir de este laberinto como no sea suscribiendo á la opinión de Bebel quien dice que no vale la pena de tratar estas cuestiones; á conclusión tan seria conduciría el colectivismo, ó sea la utopía colectivista.